

# *Romeo y Julieta*

William Shakespeare

## **PERSONAJES**

1. ROMEO. ANTON LANCEFORD.
2. BALTASAR. LUIS FERNANDO.
3. BOTICARIO. DAVID RUIZ.

### **Acto V**

#### **Escena I**

*(Mantua. Una calle. Entra ROMEO.)*

ROMEO. Si puedo confiar en la propicia muestra del sueño, mis sueños me anuncian una próxima dicha. Ligeramente sobre su trono reposa el señor de mi pecho y todo el día una extraña animación, en alas de risueñas ideas, me ha mantenido en un mundo superior. He soñado que llegaba mi bien y me encontraba exánime, (¡extraño sueño, que deja a un muerto la facultad de pensar!) y que sus besos inspiraban tal vida en mis labios, que volví en mí convertido en emperador. ¡Oh cielos! ¡Qué dulce debe ser la real posesión del amor, cuando sus solos reflejos tanta ventura atesoran!

*(Entra BALTASAR.)*

¡Nuevas de Verona! -¿Qué hay, Baltasar? ¿No me traes cartas del

monje? ¿Cómo está mi dueño? ¿Goza mi padre salud? ¿Va bien mi Julieta? Te vuelvo a preguntar esto, porque nada puede ir mal si lo pasa ella bien.

### BALTASAR

Pues que bien está ella, nada malo puede existir. Su cuerpo reposa en el panteón de los Capuletos y su alma inmortal mora con los ángeles. Yo la he visto depositar en la bóveda de sus padres y tomé la posta al instante para anunciároslo. ¡Oh, señor! Perdonadme por traer esta funesta noticia; pues que es el encargo que me dejasteis.

ROMEO. ¿Es lo cierto? Pues bien, astros, yo os hago frente. -Tú sabes dónde vivo, procúrame tinta y papel y alquila caballos de posta: parto de aquí esta noche.

BALTASAR. Excusadme, señor, no puedo dejaros así. -Vuestras pálidas y descompuestas facciones vaticinan una desgracia.

ROMEO. ¡Bah! Te engañas. Déjame y haz lo que te he mandado. ¿No tienes para mí ninguna carta del padre?

BALTASAR. No, mi buen señor.

ROMEO. No importa: vete y alquilame los caballos; me reuniré contigo sin demora.

*(Vase BALTASAR.)*

Bien, Julieta, reposaré a tu lado esta noche. Busquemos el medio. ¡Oh, mal! ¡Cuán dispuesto te hallas para entrar en la mente del mortal desesperado! Me viene a la idea un boticario -por aquí cerca vive; -le vi poco ha, el vestido andrajoso, las cejas salientes, entresacando simples: su mirada era hueca, la cruda miseria le había dejado en los huesos. Colgaban de su menesterosa tienda una tortuga, un empajado caimán y otras pieles de disformes anfibios: en sus estantes, una miserable colección de botes vacíos, verdes vasijas de tierra, vejigas y mohosas simientes, restos de bramantes y viejos panes de rosa se hallaban a distancia esparcidos para servir de muestra. Al notar esta penuria, dije para mí: Si alguno necesitase aquí una droga cuya venta acarrease sin dilación la muerte en Mantua, he ahí la morada de un pobre hombre que se la vendería. ¡Oh! Tal pensamiento fue sólo pronóstico de mi necesidad. Sí, ese necesitado

tiene que despachármela. A lo que recuerdo, ésta debe ser la casa. Como es día de fiesta, la tienda del pobre está cerrada. -¡Eh, eh! ¡Boticario!

*(Aparece el BOTICARIO.)*

BOTICARIO. ¿Quién llama tan recio?

ROMEO. Llégate aquí, amigo. Veo que eres pobre; toma, ahí tienes cuarenta ducados. Proporcióname una dosis de veneno, sustancia, de tal suerte activa, que se esparza por las venas todas y el cansado de vivir que la tome caiga muerto; tal, que haga perder al pecho la respiración con el propio ímpetu con que la eléctrica, inflamada pólvora sale del terrible hueco, del cañón.

BOTICARIO. Tengo de esos mortíferos venenos; pero la ley de Mantua castiga de muerte a todo el que los vende.

ROMEO. ¿Y tú, tan desnudo y lleno de miseria, tienes miedo a la muerte? El hambre aparece en tus mejillas, la necesidad y el sufrimiento mendigan en tus ojos, sobre tu espalda cuelga la miseria en andrajos. Ni el mundo, ni su ley son tus amigos; el mundo no tiene ley ninguna para hacerte rico; quebranta, pues, sus prescripciones; sal de miserias, y toma esto.

BOTICARIO. Mi pobreza, no mi voluntad, lo acepta.

ROMEO. Pago tu pobreza, no tu voluntad.

BOTICARIO. Echad esto en el líquido que tengáis a bien, apurad la disolución y aunque tuvieseis la fuerza de veinte hombres daría cuenta de vos en el acto.

ROMEO. Ahí tienes tu oro, veneno más funesto para el corazón de los mortales, causante de más homicidios en este mundo odioso que esas pobres misturas que no tienes permiso de vender. Yo te entrego veneno, tú a mí ninguno me has vendido. Adiós, compra pan y engórdate. -¡Ven, cordial, no veneno! Ven conmigo al sepulcro de Julieta; pues en él es donde debes servirme.